

Enrique Azcoaga

ESE IR Y VOLVER. . .

(Árturo Serrano Plaja)

Enrique Azcoaga, director de «Hoja Literaria», revista de las más modernas de España, nos ha enviado esta colaboración sobre el poeta Serrano Plaja. Lo agradecemos. Nuestros lectores encontrarán en ella intención crítica, viveza de estilo, un don nuevo de comprender y realzar las corrientes de la nueva poesía española.—(N. de la D.)

I



TODOS los que se han esforzado por analizar las diferencias fundamentales que separan los grupos literarios, no han parado mientes en el modo de quedarse en los versos el poeta. No se han preocupado de la esencia entre líneas. Y en las líneas y fuera de las líneas. De lo que en unos poetas es esencia, en otros tránsito y en otros aire. No creyendo por eso que han diferenciado fundamentalmente las esenciales diferencias que han hecho ser, en España por ejemplo, los diferentes grupos de poetas.

Frente a un libro y frente a un poeta diferente, nos situamos hoy. Frente a «Sombra indecisa» y a Arturo Serrano Plaja. Dispuestos a subrayar bondades y virtudes, olvidos y defectos, de un poeta nuevo, auténticamente nuevo, nos encontramos. No representante, mas sí exponente de una generación que mina vivificando la esencialidad literaria española.

Con la poesía que este poeta da, logramos un tercer grupo. No podemos olvidarnos del que tras de los dos astros inolvidables, dió un acentuado sentido a la lírica en España. Tampoco del que siendo más aquéllos, que poetas de hoy, marcaron un grupo interesante y transitorio en la producción poética. Pero necesitamos una nueva medida para la esencia de esta agrupación. De la agrupación a que, sin duda, pertenece Arturo Serrano Plaja.

Los primeros, dieron todo entre líneas. Sin estar, estaban en sus versos. Sin hablar, en los silencios lineales hablaban. Fueron los que en mallas fundamentalmente metafóricas dejaron pendientes sus esenciales lágrimas. Los segundos, casi hablaban y casi vivían en los versos, plenos. Les faltaba muy poco para monologear y no mucho para verter en sus formas su apenado, incompleto y trágico monólogo. Hasta los terceros. Hasta los que dicen suyo a Arturo Serrano Plaja. Hasta los que en las líneas culminan. Sin hacer más que culminar. Sin hacer más que apuntarse. Apuntarse, los que apuntarse pueden, en este grupo tercero que hoy se encuentra en algo más que la adolescencia.

Los primeros y segundos, decreciendo hasta los segundos, de los primeros, se concretaban por su especial sentido de la metáfora. Analizando los defectos (así creemos medir los grupos) de aquéllos, observamos su esencial característica negativa: no partir el poeta de su sublimación.

Creyeron que la metáfora era sublimación. Que en la metáfora el poeta se sublimaba. Y muchas veces pudieron confundirse con algún que otro metafórico malabarista. Pues lo único que resolvían en su defecto eran problemas metafóricos, no poéticos problemas.

Es preciso la llegada de poetas como Arturo Serrano Plaja. De poetas nuevos, ante los que sin enmascararnos con la careta de «los mejores», sino tildándolos con la simpática bienvenida de aprendices, podemos observar defecto tan primordial. Para comprender—por comprenderlo ellos así—la metáfora de otro modo. Para empezar a estimar la forma, en una desestimación.

Así como los primeros quedaron virtualmente entre líneas, y los segundos medianamente en sus líneas se entregaron, Arturo Serrano Plaja, se da y conserva. Culmina en sus poéticos renglones y en su esencial desarrollo vital. La poesía en este poeta pasa a dar señal de una vida intensa. No es en ella la metáfora lo que sublima. Es la metáfora levemente, en su verdadero papel auxiliar, la que hace estancia sublime la sublimación. Permanente el éxtasis poético. Siendo la verdad en lugar, verdad poéticamente eterna.

En su poética, Arturo Serrano Plaja, ha podido

dejar de tender. Y a ascender ha empezado. Para ello no ha conseguido ni querido ascender en virtud de las metáforas. Se ha convencido que no en nuestra ascensión, sino de nuestra ascensión es la metáfora auxilio. Y ha acordado, mediante la metáfora, intuir su seguridad, en una escama coloreada. Decidiéndose a clavar con algunas metáforas su congoja en el cielo. Y no complementarla con metáforas joyantemente.

En sus mejores momentos dirá:

Presagio en flor,
segura y cálida promesa,
ten el heroico valor de no cumplirte.

Que tus versos sean, a lo sumo,
historia creadora,
imposibles datos verdaderos
de ti como su alma insospechada,
y su ingenuo brote
incierto, ya inefable,
marcará traslúcido su ritmo.

Tu obra está en ti,
puro regazo de bondad que da y mata,
generosa invención
que te impide ser un buen poeta.

Enseñándonos como en su congoja, ese ir y volver de palomas al cielo, existen los afluentes. Como el perfume de un astro y la luz de una flor hacen amplio su cauce.

Pero, como en su angustia, no hay derivaciones, por señalarse en escasas palabras. Por indicarse en el verso, en el hombre tan amplia.

Si las metáforas brillan en Plaja, brillan ordenadas. La angustia ha sabido para manifestarse en cada momento darlas puesto. Ordenarlas. Porque el poeta acongojado en el final de su congoja, sabe dónde clavar y hacer fluir la metáfora. Lo que no sabe, es cuándo. Ni la aportación que ellas harán al río poético.

Pero en Arturo Serrano Plaja, la forma, lo metafórico se olvida de adicionar. La emoción no se diluye en sumandos metafóricos. La emoción en sus versos se perfila, se precisa. Quizá porque él ha visto en su grupo que la metáfora debe terminar de sumar. Y empezar a multiplicar la congoja intensamente.

II

Desde el momento que la poesía señala rigurosamente la evolución del poeta, intentemos poner, donde propósito, actitud. Situación, donde intención. Allí donde el deseo moldeaba unos versos, los versos modulando una inflexión poética. Cambiando el metro hecho para poetas, por el que para él mismo nos otorga Arturo Serrano Plaja.

¿Podemos, ante Plaja, plantear de igual modo que ante otros el comentario? ¿Podemos, frente a Plaja, sopesar deseo y realización? ¿Deducir como en tantos de un logro, la intención creadora?

En el poeta frecuente, el propósito se corona en una acción poética. Los versos en él hablan constantemente del propósito. Registrando sus etapas. Constatando sus desvelos. Mientras que en Arturo Serrano Plaja, la actitud se corona en la culminación de la actitud. Mientras que en Plaja, el propósito no existe. Pues no se propuso el autor de «Sombra indecisa» decirnos ésto o aquéllo. No se propuso decir nada. El tenía, para disminuir en sí y hacer fuera de sí su congoja, que subrayar, limitar, circunscribir su angustia. Resultando los guiones que en su libro nos muestra. Unos compactos. Otros deslabazados. Que así subrayó su afán incierto. Que así intencionadamente concretó su sombra indecisa.

No se propuso, Plaja, decir, porque Plaja no buscó. En cada verso se sabía poseedor de una potencialidad poética ignorada. Cada verso concretaba sus amplios contornos borrosos. Y lo que él pudo creer encuentro no lo fué. Allí estaba, más que para encontrarlo, para que el poeta en la sorpresa del encuentro, sin buscarlo, hiciera como que lo buscó.

Serrano Plaja, iba a encontrarse. Primeramente encontrado, pensó sublimemente en el verso encontrarse de nuevo: y surgió el poeta. El poeta que iba a encontrarse lleno de encuentro. Tan lleno de encuentro, que el encuentro lírico para Plaja es sólo confirmación de su seguridad encontrada.

Pero el poeta tenía en su incertidumbre que dar ejemplo de seguridad. El poeta había de marchar seguramente incierto. Necesitaba un ritmo más que un tono,

puesto que poseía un acento. Le urgía un lento y misterioso compás.

No iba a tardar en hallarlo. Porque como todo en Plaja es exposición de una seguridad, el ritmo no lo había de encontrar en el latir de una estrella, en el perfume de la flor o en la tibieza de un ave. En éstos, sólo se concretaba plenamente segura la seguridad de su reencuentro. Sino que su propia incertidumbre afanosa, se decidió ritmo periódico de su afán. Y todo, en Plaja, entonces se hermanó en el misterio. En ese misterio limpio, culminar de Plaja. En esa tristeza cálida, que sin hacer fúnebre preocupa su realidad poética. En donde incertidumbre, temblor y latido se fundieron.

Entonces, Plaja, no había de apercibirse del asombro. El no podía asombrar a su angustia frente a sus problemas. El tenía que dignificar la sorpresa poética. Y en la segunda parte de su libro, principalmente, la ingenuidad misteriosa de este poeta, su blancura angustiada, llegar a asombrarse de su propio asombro.

Por eso en su plenitud, Plaja, llega a asombrarse de la luz de las flores y del aroma incierto de los astros. Porque en su plenitud que sin conocerse se reconoce, poesía es juego que aprecia las esencias con el sentido que menos corresponde. Y tan alta se eleva su congoja, que las estrellas advierten su alma. Que las metáforas que esta sublimación apuntan, saben su sitio y no saben su sino.

Como el poeta. Porque ¿sabe su sino el poeta? Por el contrario. Lo que sabe es que no sabe su sino, y lo

sabe tan fijo, tan seguro está en cada plenitud de no saber su próximo marchar, que la sombra adquiere luz en sus versos misteriosos, porque la congoja—lo incierto—adquiere, en Plaja, auténtica seguridad. Una seguridad no metafórica. Que la seguridad de Plaja, sólo la indica el verso y la metáfora, más que inseguros, incompletos, desde el momento que en su indicación, son complemento de una congoja no opaca. No opaca, por no metafórica. Pues una congoja metafórica es siempre opaca. Y sólo transparente cuando por todas las metáforas no es diferente, sino a sí. Como es.

Por lo dicho, cuando el poeta clava en el cielo su angustia, no ilustra el cielo como un nuevo color, no ilustra nuestro poético mundo visible. No hace que a su través nos resulte el cielo, sino que en la integración de su vértice esencial, se pliegue más azul. Puesto que Plaja sabe que toda poesía que descompone, que bifurca—aunque sea metafóricamente—no es «ir y volver». Que ir y volver es conjuntar. Y la que conjunta, la que la verdad sitúa exacta, es la poesía.

Que por eso los renglones de Plaja, son positivos poéticamente: porque están—indicándola viva en el poeta—hasta sobre la verdad.

III

Debajo de cada poema de este poeta, un profundo misterio, como hemos dicho, late. Indiscutiblemente. Componiendo acento y tono. Aunque leyendo el verso,

la indicación de su congoja, el misterio no veamos sin embargo. ¿Por qué hay algo impuesto entre el verso y su misterio?

Porqué está impuesto él. Entre Arturo Serrano Plaja en pregunta, en sombra indecisa y la dignificación de esa su acongojada pregunta eterna, está Arturo Serrano Plaja. Unas veces, eligiendo sus versos. Otras no sabiendo librarse en los versos de las preguntas que los versos indefectiblemente hacen. Siempre él, logrando allí e indeciso acá.

El imperfecto conjunto de sus versos, como corresponde a la imperfecta situación de Plaja, es por ello exposición fiel de leal congoja. Nada le hubiera costado a Plaja, decidirse por sus preguntas. Nada le hubiera costado a Plaja, decidirse por sus versos. Pero es que, Arturo Serrano Plaja diferenció. Y no supo—algunas veces fué su defecto—si caer en la verdad, o volar de esa verdad en la que previamente había de sentirse caído.

Una mínima cantidad en Plaja, decidió caer en la verdad. Marcan esta cantidad los versos más verdaderos del poeta. Aquellos en los que no hay apenas más que verdad. Aquellos en los que el verso casi no interesa.

Pero es en ésta donde el verso no cumple su principal papel y el poeta levemente—no gravemente a fuerza de ser poeta—falla. Es en ésta donde el verso no indica nada y da la verdad. Una verdad no madurada-

mente trágica todavía. Misteriosa. Y no resuelta misteriosamente. Con misterio y poesía.

En esta parte, Plaja casi no invita. Casi no comunica ni atrae. Y es que en ella adquirió para sí todos los lugares. En esta parte Plaja, no nos hace partícipes de su congoja. Hay más que buscarla, atraparla. Podemos saberla nosotros, pero no todos los que como nosotros por Plaja se interesen. Y es preciso que triunfe la otra, aquélla en que el poeta se siente con su verdad en el aire. Para que el libro marque su rumbo positivo. Aquella en la que claro el poeta ve. Y en la que redimirse es caer en la verdad, mientras que redimirse poéticamente es caer y volar con la verdad a nuestra alma afecta.

En esta parte del libro un misterio no misterioso nos llena. Por un ardid formal. Por un imaginativo tic. Por un profundo dolor, amplio de un atrio acongojado. Pero en ella el poeta es contagio. Al lado del misterio como siempre, el verso existe. No como entonces, que el verso huía. Sino con forma y volumen. Pero de puro cristal, transparente. A través del que tan claro el poeta, quiere siempre un cristal que no opacifica, que hace ser y que entinta en la luz de su angustiado preguntar.

El verso entonces es verso e historia de todo lo que hasta él llega, sin contarnos más que la llegada. El verso entonces confiesa una plenitud en virtud de misteriosos antecedentes. Culminando. Que es ser en virtud de algo, que llega a hacer substancial la representación.

En la parte abundante, positiva de su libro, el poeta, no sabe, hasta qué poeta no es, su historia. Hasta que sabiendo elegir, conjunta. Hasta que decidiendo, entre misterio y verso, hermana al misterioso poeta sin versos con el verso. Y sin tenerlos, el poeta es poeta de modo notable.

(1) Es esta parte aquélla en la que la poesía, en lo trágico silencioso, en una trágica indecisión agónica, se dignifica. La parte en que el poeta, paso eterno de la angustia a su verso, es puro candor. En la que se comprende que quizá la poesía lo único que hace es incrementar el candor de la verdad.

La verdad es la misma, pero es el vuelo, la supresión de todo paso verdadero en el poeta, el tener bastante más segura su verdad sin asegurarla, lo que hace al verso candorosa y duramente exacto. Candoroso en su planteamiento. Firme en su culminación. Todo latido. Todo afán incierto. En el que el poeta sabe medirse, pues en la medida que más espera, en su candor, sabe creer casi todo inesperado.

Por este tono nos atrevemos a afirmar únicos los poemas de Plaja. El misterio en ellos—su ardiente anhelar—se hace en esta parte caliente, más vivo, ¡y tan denso! ¡Tan verdadero! Que la verdad se hace más verdad en la medida, que en la ascensión candorosa se enaltece. Y todos sus problemas—que no es aquí falsa una poesía de verdaderos problemas—elevándose

(1) Es esta parte aquella en la que el poeta parece lubricante del verso y su dolor.

quedados, estremecidos, comunicativos, y aunque ásperos por profundos, cordiales, logrando que el poeta, en la angustia, crepúsculo de su mañana siempre en brote, reuna en supuesta lágrima toda su tristeza.

Toda su tristeza en lágrimas que dan calor y forma —no cursilería— a su verso, verdadera e inaprehensible, auténtica y sin afirmarse, en vuelo, rogando al poeta rinda culto a lo que en el candor llega hondamente a resultar más ingenuo que él.